

ria política, afirmándose que se erigen en crímenes contra la independencia y la seguridad de la nación, cuantos hechos puedan cooperar á la manifestación del sentimiento público contra un gobierno execrable y detestado.

La acritud del lenguaje empleado para denigrar á nuestro gobierno, sirve solamente para acreditar al que lo usa de declamador. ¿Qué pena impondría el acusador, qué pena impondría la Francia, qué pena se ha impuesto, se impone y se ha de imponer en el mundo entero, á los que cometen el horrible delito de traición? La de muerte: esa, siempre esa aquí y en todas partes. Sostener que así se comprimen las manifestaciones de la opinión pública, es pretender que se dejara sin castigo á los traidores. La opinión pública se ha expresado en la cuestión con una claridad, con una uniformidad, que solo pueden ser dudosas para el que voluntariamente cierra los ojos á la luz. Las poblaciones oprimidas callarían si esa publicidad de sus sentimientos pudiera ocasionarles perjuicios; pero nada las obligaba á hablar, nada las forzaba á emitir protestas de odio y repugnancia á la intervención extranjera.

De consiguiente, si con una profusión asombrosa se repiten manifestaciones tan explícitas, ó no hay verdades en el mundo, ó lo es la de que la voluntad nacional está firmemente decidida por el actual orden de cosas, no ménos que por el gobierno que lo representa. Por mucho que Mr. Billault se devane los sesos para atribuir tan satisfactorio resultado á la violencia, á la opresión, á la tiranía, sus declamaciones se estrellarán en el buen sentido de los que sepan lo que pasa en México.

Llega su turno de ser examinados á los preliminares de la Soledad, que son objeto de vivas recriminaciones. Acúsase á los comisarios, y con especialidad al general Prim, de haber recurrido al gobierno con el que no había más remedio que emplear que el de la fuerza, de haber aplazado hasta el 15 de Abril, cuando se estaba en Febrero, la apertura de las conferencias; de haber estipulado que si no daban resultado las negociaciones, se retirarían las fuerzas aliadas á la zona del vómito, dejando los hospitales y los enfermos confiados á la buena fé de los enemigos; de haber consentido en que el pabellón de Juarez fuera enarbolado de nuevo en Veracruz y en Ulúa, y flotara al lado de los gloriosos colores de la Francia, de la Inglaterra y de la España. La referencia á esta última concesión excitó la

bébil de Granier, de Cassagnac, diputado y escritor vendido al poder, que la calificó de increíble. Y Billault, no contento con su denigrativo análisis, siguió haciendo las calificaciones más deshonrosas de los susodichos preliminares, conforme á su sistema oratorio de reproducir á cada paso sus asertos, por medio de variaciones sobre el mismo tono.

El reconocimiento del gobierno existente era una condición indispensable para escapar del vómito, que no espera el mes de Abril para cebarse en sus víctimas, estando probado por una constante experiencia, incluso la que ha tenido el ejército aliado, que la aglomeración de gente, y en particular de soldados, produce en todo tiempo fuertes extragos. Por lo mismo, de no tratar con la autoridad establecida en el país, no había más arbitrio que emprender sin demora el ataque de los puntos defendidos por el ejército mexicano, y ya hemos tenido ocasión de observar que no se cuidó de que los invasores hubieran venido provistos de los correspondientes medios de transporte.

Los dos meses fijados para abrir las negociaciones, apenas eran bastantes para recibir de Europa las nuevas instrucciones exigidas por el cambio de situación. Ningún interés tenía el gobierno mexicano en que las conferencias empezaran antes ó despues: le hubiera sido indiferente entrar desde luego en materia, en razón de que estaba firmemente resuelto á hacer todas las concesiones compatibles con la dignidad nacional, y el tiempo no podía alterar esa determinación.

Habría tenido que ver que no se hubiera estipulado la vuelta de los aliados á su punto de partida, en el evento de no dar resultado las pláticas de paz. En imbecilidad habría rayado hacer al enemigo dueño de nuestras ciudades, despues de permitirle el paso amistoso de nuestros puntos fortificados, para que allí se quedase por nuestra propia voluntad, aun cuando hubiera que romper las hostilidades. Ignoramos, no obstante, por qué escuece tanto esta cláusula á Mr. Billault, supuesto que no fué cumplida, á pesar de ir de por medio en su observancia nada ménos que el honor de los signatarios del convenio de la Soledad. Sabido es de todos, que las tropas francesas, en vez de retirarse hasta Paso Ancho, como estaban obligadas á hacerlo, se apoderaron de Orizaba bajo frívolos pretextos.

La plena seguridad en que quedaban los hospitales y enfermos, confiados á la

buena fé de los mexicanos, la han atestiguado los acontecimientos. Prisioneros de guerra, heridos recogidos en el campo de batalla, han sido tratados con el esmero que recomienda la humanidad, con las consideraciones que deben guardarse en la guerra hecha entre naciones civilizadas. Esos mismos prisioneros han sido luego mandados á su campo, sin condición alguna. Las gracias dadas en comunicación oficial por los franceses vecinos de Puebla, y una carta dirigida por el conde Lorenz de Zaragoza, así lo prueban; el gobierno francés no desechará esos datos.

Nuestro pabellón es digno de figurar al lado de cualquiera otro, por más que esto parezca increíble á Mr. Granier de Cassagnac. Ninguna mancha lo cubre: de ninguna infamia tiene que avergonzarse el gobierno que lo empuña.

El emperador reprobó los preliminares de la Soledad, desmintiendo en el *Moniteur* que hubiera pedido la remoción del general Prim, á fin de dejar á los otros gobiernos que fueran jueces, como mejor les conviniera, de su dignidad y de sus intereses.

Segun informes del embajador francés en Madrid, el gobierno de la reina Isabel censuró también el arreglo de la Soledad. Pero esto no era enteramente exacto, visto que en las nuevas instrucciones al plenipotenciario español, se le recomendaba que obrara con la mayor prontitud y energía, abandonando todo sistema de temporización, si el resultado de las conferencias no era completamente satisfactorio. No puede ser más claro que se aprobaba la apertura de las conferencias, cuyo resultado no era dable saber sin tenerlas. Hé aquí, pues, completamente marcada ya la diferencia de política entre la Francia y la España. Una reprobación de los preliminares, sin consentir que surtan efecto: otra reserva su acción para el caso de que el éxito no correspondiera á sus esperanzas.

El sentido, bien claro sin duda, de las instrucciones dadas por Calderón Collantes, fué corroborado por el general O'Donnell, el cual convino en que se habían cometido faltas, agregando que era preciso pensar en repararlas, en vez de exagerar su importancia, y proponiendo estar á la expectativa de lo que hiciera en México el partido conservador, del cual no había visto ni un solo acto, á pesar de todas las aseveraciones de Almonte. En caso de que ese partido formara un gobierno estable y de garantías, ofreció apoyarlo con toda la autoridad moral de la España. El em-

bajador francés quedó medio amostazado con estas explicaciones.

Nosotros no tenemos que observar en esta parte, sino que si las potencias europeas esperan que los reaccionarios establezcan en México un gobierno como el que indicaba O'Donnell, bien pueden esperar hasta la consumación de los siglos.

Asombra despues de las categóricas manifestaciones del gabinete de Madrid, que Mr. Billault tenga el descaro de sostener que la convención de la Soledad fué oficialmente desaprobada en comunicación dirigida al general Prim en 22 de Marzo de 1862. Esa nota, que contenía efectivamente varios reproches, dulcificados con el suave lenguaje en que se hacían, no encerraba la reprobación que se supone. El gobierno español no estaba conforme con lo hecho; pero tampoco lo desbarataba.

En cuanto á la Francia á más de reforzar su ejército con tres mil hombres, y de ponerlo á las órdenes de Lorenz, confió exclusivamente la dirección diplomática á Saligny, á quien se repitió que no se quería más que la reparación de los agravios recibidos, y un gobierno que diera garantías para el porvenir, sin tratar de imponer la forma ni el personal de ese gobierno.

Como se ve, el gabinete imperial gira en un eterno círculo vicioso. Muchas protestas de respetar la libertad del país, al mismo tiempo que se comienza por prohibirle que subsista la administración que espontáneamente se ha dado. La subsistencia de esto se atribuye á la tiranía que despliega para sofocar las manifestaciones de la mayoría oprimida, y á la vez se proclama que será la verdadera expresión del voto nacional la que nazca del apoyo de una fuerza extranjera.

El difuso orador que tenemos que seguir paso á paso, renueva contra el gobierno mexicano la acusación de haber continuado obrando violentamente, mientras llegaba el término señalado para la apertura de las conferencias. Inculpa de haber aprisionado, pillado, extorsionado franceses, de haberles impuesto contribuciones de guerra para hacerla á la Francia, y cuando estaba en negociaciones con ella.

«Tengo las manos llenas de quejas,—decía el orador;—llenas de reclamaciones de toda clase.» Apoyó, además, su aseveración con el testimonio de una persona que llamó honrada y perfectamente verídica, la cual comunicó que se perseguía con encarnizamiento á los extranjeros, especialmente á los franceses y á los espa-

ñoles; y pronunció luego estas palabras, que por su importancia debemos reproducir textualmente: "El bondadoso ministro de una nación extranjera, que pres-
"taba temporalmente en México el apoyo,
"bien impotente, de su autoridad, á nues-
"tros nacionales, nos escribía detalles
"semejantes; nos señalaba todas las mi-
"serias, todas las arbitrariedades, todos
"los insultos de que eran víctimas nues-
"tros conciudadanos."

Inculpaciones tan graves carecen de fundamento: se formulan, como las anteriores, con estudiada vaguedad, cuando debían referirse á hechos marcados. Precisamente nos cabe la honra singularísima de haber guardado increíbles consideraciones á los franceses residentes en la República, no solamente cuando estaban pendientes las negociaciones, sino despues de rotas las hostilidades. Inconcebible se hace á los que han observado tan meritoria conducta, que existan quejas y reclamaciones de violencias imaginarias. O Billault ha supuesto lo que no existe, ó los quejosos son gente cilla menguada, que así paga la deuda de gratitud que nos debe.

La persona misteriosa que corroboró las acusaciones, será todo lo que se quiera, ménos honrada y verídica. La encarnizada persecucion contra franceses y españoles, es una mentira de á folio.

La alusion al "bondadoso ministro extranjero," que tambien nos pone de oro y azul, es de tal manera trasparente, que nadie puede equivocarla. Se trata de Mr. Wagner, el representante de la Prusia. Corresponde al buen nombre de ese diplomático desmentir al que lo ha puesto á discusión. Mientras no lo haga, todo mexicano está en su derecho para hablar de tan falsos informes con la indignacion que merecen.

¡Infeliz sino el de México! La principal causa de sus complicaciones internacionales, ha sido la poca acertada eleccion de los plenipotenciarios que los gobiernos europeos han enviado á este país á representarlos. ¡Qué serie de cuadros para una curiosa galería! Deffaudis, Sorela, Gabriac, Pacheco, Saligny, Wagner: no hay en verdad más que pedir.

Para que el mundo entero califique sus asertos, el ministro prusiano está obligado á señalar las miserias, las arbitrariedades, los insultos de que han sido víctimas los franceses. Pruebas, pruebas pedimos, á voz en cuello á cuantos nos infaman.

Llama fuertemente la atencion, que mientras nunca precisa Billault los cargos

que se hacen, tratándose de extranjeros, si suele determinarlos respecto de mexicanos. Verificalo así, espantándose de que se amenazara de muerte á los que han aceptado empleos y comisiones del invasor. Decididamente el ministro sin cartera, no tiene idea de cuán horrible es el crimen de traicion, de cuán severo es el castigo que le corresponde.

El general Prim, blanco de la ojeriza, ya clara, ya encubierta, de Napoleon y sus satélites, vuelve á figurar en la escena, para reportar el cargo de inconsecuencia. Para fundarlo, se traen á colacion tres cartas suyas, escritas el 20, el 21 y el 23 del último Marzo. En las dos primeras, se manifiesta dispuesto á romper con el gobierno mexicano, por el cobro hecho á los españoles de la contribucion del 2½ p% sobre capitales; por la imposicion de un préstamo forzoso á tres casas tambien españolas; y por la amenaza de cerrar la comunicacion comercial de Veracruz con el interior del país, en el caso de no ser devuelta la aduana. En la tercera, anunciaba que iba á comenzar desde aquel mismo día sus preparativos para embarcar sus tropas, para lo que solo esperaba la última conferencia. La presencia de Almonte en los lugares ocupados por las tropas de la Francia, fué la razon oficial que se dió de semejante cambio.

El hidalgo comportamiento del marqués de los Castillejos, se acrisola con el conocimiento de estos antecedentes, con los que se ha querido ponerlo en contradiccion consigo mismo. Surgen entre el caudillo español y el gobierno mexicano diferencias procedentes de ciertas medidas del segundo, y el primero manifiesta su disgusto en términos fuertes. A poco cesan los principales motivos de la desavenencia: nuestro gobierno consiente en no cobrar á los extranjeros la contribucion sobre capitales, y en no exigir á las casas españolas la cuota que les habia señalado. Satisfechas así las reclamaciones del general Prim, natural y lógico era que no insistiese en un rompimiento, que no tenia ya explicacion. El último punto de desacuerdo estaba discutiéndose, cuando ocurrieron los sucesos relativos á la indevida proteccion otorgada á Almonte por los plenipotenciarios franceses.

Esa proteccion era contraria á lo estipulado en el convenio de Londres, á la política que habian prometido observar las tres potencias aliadas. Los lugares ocupados por las tropas francesas, no lo habian sido por el derecho de la guerra, sino

por una concesion del gobierno mexicano. Continuaban formando parte del territorio que le obedecia, y los comisarios del emperador cometian un atentado, al abrigar allí bajo su bandera á un hombre puesto fuera de la ley. Huéspedes en casa ajena, la violaban sin justicia con la admision de un enemigo del dueño, enemigo al que le estaba prohibida la entrada. Estos principios claros, intergiversables, fijaban la calificacion de la conducta observada. Existia una flagrante infraccion del tratado de Londres, roto el cual, quedaba forzosamente disuelta la alianza que lo habia reconocido como origen. La inconsecuencia no estaba por lo mismo de parte del conde de Reus: estaba sí de la de Saligny y la Graviere.

Ya el almirante, en su correspondencia con el comisionado español, habia indicado con repeticion la idea de romper los preliminares de la Soledad. Reprobaba á su corresponsal haber abierto nuevas negociaciones diplomáticas: enunciaba como motivo suficiente para interrumpirlas los supuestos atentados de Juarez: proponia que se pidiera al gobierno mexicano que retirara sus edictos de muerte, y que dejara expresar su opinion á sus amigos y á sus adversarios: ofrecia respetar la voluntad del pueblo, aun cuando votara por la República con el mismo Juarez; y exigia cuando ménos una amnistía.

Apareciendo la firma de Jurien en los preliminares de la Soledad, se vuelve contra él mismo el cargo de haber abierto nuevas negociaciones. Si se sometió á la influencia preponderante de Prim, no por eso quedaba dispensada de respetar sus propios actos. Y si consideraba el paso incompatible con la política de su gobierno, debió entónces oponer una resistencia invencible, en vez de aceptarlo, para que le sirviera despues de texto de recriminaciones.

Pretension original era la de la derogacion de las leyes expedidas contra los traidores. Punto es éste que hemos tenido necesidad de tocar varias veces, por la asombrosa tenacidad con que se reproduce. Hemos dado ya, y no creemos necesario reproducirlas, las razones incontestables que se oponen á tan peregrina idea. Poco ha faltado á sus propagadores, para pretender que se ofrecieran premios á los que recibieran con los brazos abiertos á los invasores.

No ménos absurdo es el otro pensamiento de que el actual gobierno ponga á discusión su legitimidad, de la cual está sa-

tisfecho, sobre lo que se ha expresado terminantemente el voto del pueblo, solo por quererlo así una potencia extranjera, que niega, sin embargo, su pretension de intervenirnos. Si mañana un ejército ruso ó austriaco, invadiera la Francia, ¿consentiria Luis Napoleon en abdicar el poder, mientras se informaba el extranjero si la opinion nacional estaba por el duque de Burdeos, por el conde de Paris, ó por el sistema republicano? Seguros estamos de que ninguna autoridad constituida pasaria por la humillacion de sujetar á potencias extrañas, los títulos en virtud de los cuales ejerce el poder.

Pero si el gobierno de Juarez no ha pasado por tan ridícula demanda, el resultado práctico ha venido á llenar los deseos del almirante. Amigos y adversarios de aquel, han expresado ya su opinion: unos, proclamando á Almonte y uniéndose al invasor, ó bien con un silencio harto significativo: otros, protestando contra la invasion, reconociendo como el único legítimo, como el único que han de acatar el gobierno constitucional establecido. Basta contar á los unos y á los otros, para conocer de qué lado está la inmensa mayoría del país. En la expresion de esos votos no ha cabido opresion, por no ser admisible otra que la física, la cual no ha existido, puesto que toda su fuerza armada la ha empleado el gobierno en contener al enemigo extranjero, ó en perseguir gavillas de bandidos. La opresion moral, nacida de los edictos de muerte, habria sido impotente para sofocar la voluntad nacional. No es con un pedazo de papel, con lo que una autoridad desprestigiada é impotente logre conservarse en un puesto usurpado. El ejemplo lo tenemos en Almonte, en Zuloaga, en Márquez, que han dado y dan la muerte á los que no los siguen, y no por eso hay una sola poblacion, libre de fuerza extranjera, que haga protestas á su favor.

La elocuencia de los hechos ha revelado con una claridad que no puede negarse de buena fé, la decision del país por la constitucion y leyes de reforma que actualmente la rigen, y por el gobierno existente. No falta, pues, otra cosa, sino que se cumpla la promesa de aceptar la voluntad del pueblo mexicano.

En lo que concierne á la amnistía, ó se pedia para delitos anteriores, y entónces ya estaba dada; ó se solicitaba para los futuros, lo cual, á más de absurdo, envolvía la dificultad de concederla para el im-

perdonable crimen de traicion á la patria.

«No ha sido por mi voluntad,—escribia la Graviere á Prim,— por lo que los emigrados mexicanos han partido de Veracruz, escoltados por el batallon de cazadores de á pié.» Explique quien pueda, cómo en el disciplinado ejército frances, se dispone de las tropas para actos de inmensa trascendencia política, sin anuencia del general en jefe. En las preñadas palabras del almirante, nos parece entrever la indicacion de que paso tan injustificable habia sido obra de Saligny. Poco importa aclararlo. Autorizado ó no previamente, el hecho fué aprobado por los dos comisarios franceses: igual es su responsabilidad en uno ó en otro caso. La presencia de Almonte y demas emigrados en el territorio hospitalario, sujeto al gobierno establecido en el país, infringia la convencion de Lóndres: lo demas es secundario.

Apoyando el ministro Billault las ideas emitidas por la Graviere, insinuaba maliciosamente que no era un hecho nuevo en los recientes fastos políticos de la Francia, el de los pueblos convocados para expresar su voluntad sobre la eleccion de un gobierno, y que habian visto comenzar la era de su libertad al abrigo de un pabellon que no llamarán extranjero, aun cuando sea el pabellon de la Francia. Partiendo de tal antecedente, llamó obra liberal, y no de opresion, la que se trataba de ejecutar en México, y echó en cara á Julio Favre que lo que le parecia bueno más allá de los Alpes, no le pareciera tambien bueno más acá de los mares.

La alusion de esta parte del discurso, que tanto abunda en alusiones á la vez que es tan parco en hechos, se refiere á los sucesos de Italia. ¡Bonita comparacion, propia solo para alucinar á los que no estudian la historia! Para contener la ambicion insaciable del Austria, que queria subyugar el único Estado de Italia, no sometido á su dominio directo ó á su imperio moral, la Francia presentó el formidable apoyo de su espada al rey *galant'uomo*, que jugaba su cetro por la independencia de la Península y el engrandecimiento de su casa. Se compara, pues, el auxilio dado á una parte del pueblo italiano para que libertase á la otra de una ominosa dominacion extranjera, con la intervencion en los negocios domésticos de un país en el pleno ejercicio de su soberanía. Cuando dos potencias recurren á las armas para decidir sus diferencias, nada tiene de extraño que una tercera se

ponga al lado de alguna de aquellas, tomando en la guerra una parte activa. ¿Qué punto de semejanza hay entre ese caso y el de un invasor, que debia limitarse á lo sumo á la reparacion de determinados agravios, y que se ingiere á poner al país en tutela, para explotar su voluntad?

Sobre la libertad de los votos que emiten los pueblos, al abrigo, como dice Mr. Billault, ó bajo la presion, como decimos nosotros, de un pabellon extranjero, hay elocuentes ejemplos en la historia de la Francia y de la familia imperial. El príncipe Gerónimo subió al trono de Westfalia, del que fué arrojado en cuanto cesó el imperio de la fuerza. Así tambien se llamó rey de España y de las Indias José Napoleon, y á pesar de que como hombre y como monarca era muy superior á Fernando VII, los españoles sostuvieron una lucha de una heroicidad eternamente envidiable, por sostener al soberano de su eleccion contra el nombrado por la junta de Bayona con arreglo á las instrucciones del emperador. Así, en fin, levantaron los Borbones en Paris su derribado trono sobre las puntas de las bayonetas extranjeras, y jamás olvidaron los franceses el origen espúreo de la restauracion.

Nosotros, (y creemos que con nosotros Julio Favre) que no tenemos dos balanzas, que juzgamos con el mismo criterio lo que pasa más allá de los Alpes y mas acá de los mares, opinamos que ni en México, ni en Italia, ni en ninguna parte del mundo, tiene derecho la Francia ó cualquiera otra potencia, de intervenir en asuntos interiores, de derrocar los gobiernos establecidos, de convocar al pueblo para que declare ante el invasor la forma y las personas que prefiere. Opinamos además que cuando el país invadido ha manifestado ya, de una manera bien clara, que repugna la intervencion, que está conforme con el orden de cosas existente, es un atentado escandaloso continuar la exploracion buscando que dé el resultado preciso que se desea.

Al llegar á la conferencia del 9 de Abril, se queja el orador de que Favre citara con suma complacencia la parte del protocolo que contiene las opiniones del general Prim y Sir Charles Wyke, sin tomar una sola de las frases de los dos plenipotenciarios franceses, cuyas razones y aserciones califica de más dignas de crédito, que las de los agentes extranjeros que se separaban en aquel momento de conflicto entre dos opiniones contrarias.

Quando se discute de buena fé, nada importa quién dice las cosas: á su sustancia hay que atender, no á accidentes insignificantes. La razon no deja de ser razon, por salir de una boca española, inglesa ó mexicana: los absurdos no deján de ser absurdos, por proferirlos bocas francesas. Por lo mismo que se trata de un conflicto entre dos opiniones contrarias, al decidirse por un extremo hay apremiante necesidad de adoptar como buenos los fundamentos que lo epoyan. Julio Favre se convenció de que la política leal, consecuente, caballerosa, conveniente á la vez á la Francia y á México, era la que aconsejaban los plenipotenciarios inglés y español. Desde el momento en que penetró en su ánimo esa conviccion, el resultado natural era que combatiera los actos de los comisarios franceses, con los que no podia ya estar conforme.

Que Mr. Billault, que el cuerpo legislativo frances, prefieran creer á sus propios agentes, lo comprendemos muy bien. Que deban creerlos de preferencia, por solo ser suyos, nos parece ya opinion descarriada. Para nosotros la cuestion no es de creencias, sino de realidad. Sabemos de ciencia cierta, que las aserciones de los comisarios del emperador son falsas. Nos consta tambien que son inadmisibles sus razones.

El verdadero motivo de la separacion de los plenipotenciarios, se atribuye con acierto á la diferencia de políticas. En lo que no hay cordura es en alegar que Prim y Wike desde los primeros dias habian reconocido y aceptado á Juarez, y querido tratar con él, olvidando esas vejaciones de nuestros gobiernos, de las que hace el discurso su vigésima edicion.

Decimos que no hay cordura en ese ataque, por haber obrado Saligny y la Graviere de conformidad con Wike y con Prim. Sus opiniones serian contrarias: sus hechos no lo eran. Y como la responsabilidad moral y oficial nace de los hechos y no de las opiniones, idéntica era la posicion de todos los plenipotenciarios.

Habia, pues, para los franceses, indeclinable necesidad de justificar la ruptura de los preliminares, y el almirante, á quien se tributan elogios desmedidos que no merece su conducta en México, se propuso salir del paso con el *ritornello* de costumbre. Declaró que en ningun país del mundo habia visto jamás inaugurado un sistema de terror igual al que pesaba sobre la poblacion de México. Agregó que aquí dominaba la opresion más odiosa,

que el padre era arrancado del lado de sus hijos, el hijo del seno de sus madres; que los propietarios eran despojados arbitrariamente bajo los pretextos más fútiles, y sofocada la manifestacion más tímida de la opinion pública.

Aquí la mentira raya en hidrofobia. No se puede leer sin indignacion ese trozo, en que la calumnia se eleva á su mayor altura. Regocijaos filibusteros, caníbales, antropófagos: los mexicanos os superamos en ferocidad. La Francia se queda corta con querer intervenirnos, cuando le era obligatorio aniquilarnos para honra de la humanidad.

Esas calumnias eran las que Billault queria que Favre tomara en consideracion. No es extraño que los que les den crédito, no comprendan todas las iniquidades cometidas con nosotros. Basta, sin embargo, para calificar las aseveraciones de Jurien, observar que cuando pasa de las declamaciones á los hechos, léjos de citar, como debia esperarse, algunos de esos rasgos capaces de escandalizar al universo, se limita á hablar de la separacion del general Uraga del mando del ejército de Oriente, y de la prision del general Cenobio, á quien se amenazó con fusilarlo, por haber tenido relaciones pasajeras con los aliados mientras duraron las negociaciones. Una medida administrativa y una justa amenaza: hé aquí el sistema de terror de que no hay ejemplo en ningun país del mundo. Apelamos á cualquiera hombre honrado, mexicano ó frances, para que con la mano en el corazon, falle en el asunto.

El almirante continuó su discurso, opinando: que se hicieran á un lado los proyectos relativos al archiduque Maximiliano: que se aplazara la cuestion de la monarquía: que por creer que los comisarios de los aliados le eran hostiles, no se presentaba la mayoría contraria á Juarez: que las personas que merecen simpatías, no se atrevian á protestar, pero que deseaban sinceramente el orden y la tranquilidad: que el partido formado de esas personas se hallaria el día que fuera libre para declarar sus sentimientos: que el emperador deseaba en consecuencia marchar sobre México, y que tal era la determinacion del comisario frances: que si ha habido infraccion de la convencion, no consistia en haber protegido á Almonte, sino en la excesiva dulzura y las grandes consideraciones manifestadas al gobierno mexicano: que además esa política parecia no haber sido bien recibida en Europa, y que habria sido